



David Huerta: en la espesura con toda deliberación

por Roberto Diego Ortega

Con *El Jardín de la Luz*, su primer libro, David Huerta participaba de la corriente de la poesía cultista y "luminosa", frecuentada en México por Octavio Paz y otros. En los poemas que integran ese tomo, la luz, el agua, el aire, el sol, eran elementos que invariablemente se sobreponían a la oscuridad; había en ellos un hilo temático dominante y aprensible.

El Jardín de la Luz anunciaba ya la abundancia y riqueza del lenguaje, la autocritica y la intelectualización que David Huerta despliega en su último libro: *Cuaderno de Noviembre*.* Hay aquí una clara evolución, un cambio de los elementos dominantes: *Cuaderno de Noviembre* ya no es la luz sino el atardecer o la noche, la presencia de la penumbra, de "bodegas de sombras", "charcos de luto", "sótanos del aire"; el otoño como cierta desolación meditativa; la mirada como mero balbuceo; el sueño, pesado y "chorreando pedazos de mirada interior"; noviembre como un ojo enorme y triste, sin luz pero "también sin sombra"; el silencio nocturno; las reflexiones sobre la naturaleza de la imagen, del nombre, de la palabra.

Si en los poemas de su primer libro había cierta unidad temática, en *Cuaderno de Noviembre* David Huerta ya no se preocupa por eso. A cambio, despliega un lenguaje que fluye admirablemente, lleno de fuerza y ritmo.

"Algo se nos oculta", escribe en el primer poema del tomo, y evidentemente se lanza a buscar ese algo. Pero si Picasso decía que no buscaba, sino que encontraba, David Huerta parece buscar, pero no encontrar; parece buscar "otro" lenguaje poético, por completo "distinto" al que él mismo había desarrollado anteriormente.

Para esto, David Huerta opta por un lenguaje denso, tanto en las imágenes que traza como en sus relaciones, aunado a una reflexión autocrítica constante, y a veces discursiva. A pesar de esto, cada línea de *Cuaderno de Noviembre* está lograda y se sostiene, pues si algo caracteriza a Huerta son amplísimos recursos para manejar y

matizar el lenguaje, una adjetivación sorprendente, un admirable sentido del ritmo.

En todo el libro hay una constante meditación sobre su instrumento, la palabra. Hay un deseo de encontrar "la constancia de la memoria en medio de una nueva lectura", sea esta del mundo y de la vida o de la poesía como escritura, aún cuando esta aspiración nunca concluye: "Todo recuperado o inseguro, en el mundo secreto de noviembre."

La incisiva autocritica de David Huerta tal vez debió llevarlo a buscar más consistencia en el sentido de sus frases, que llegan a desdoblarse hasta en cinco direcciones sin concretar ninguna, con lo que bien puede quedar en un texto meramente melodioso:

Humo de rosas quemadas en el jardín
donde hemos conocido a la noche
con brazos más extraños que la pala-
bra Deseo (pág. 20)

O bien:

Convertida la sal en un destello de la
imagen,
la travesía de la luz no toca la playa del
silencio,
lo que suena pasa por un ojo de cera, la
imagen aparece como un cuchillo en
el cuerpo bañado de Marat,
baño y ojo en las tensiones anudada;
bajo el cuello de la dicha (pág. 43).



La densidad de los poemas de *Cuaderno de Noviembre* no es sino consecuencia de ese intento de revitalizar un cauce poético o encontrar uno nuevo —aunque desde luego, toda poesía, para serlo, lleva necesariamente esa dirección. A pesar de esto, es probable que algunos textos aquí queden sólo como una "sostenida reverberación" (pág. 21), y es difícil que en este fluir excesivo esté esa "otra" poesía que pretende ser *Cuaderno de Noviembre*; aún si se pretexto el recurso de la ambigüedad, es difícil encontrar en la gran mayoría de los poemas que integran este libro una columna que cimente cada poema, así sea veladamente. Pues si los sentidos se encadenan y quedan siempre inconclusos —no importa que esa sea la intención del autor— es muy probable que el propio intento se invalide, que quede igualmente inconcluso. Tal vez por esto, Huerta escribe que no busca "la fibra de lo dicho sino la categórica luz de lo que toca", aunque con esto, en poesía, no hay una clara diferencia.

En alguna ocasión, la rigidez y autocritica del texto parecen desplazados por un lirismo que sólo atiende a la conjugación rítmica de las palabras: "A la memoria que se convierte en un pájaro deshecho por el agua del atardecer soñado." Para el propósito de David Huerta —el del regreso al asombro— es necesario mantener la capacidad de comunicar, pero el autor, al parecer, no se preocupa de ello; incluso hacia el final del libro, en un poema dirigido al lector (de quien ya supone una confusión total), se expresa en los siguientes términos: "inapresable y aflojado pero sin perder tus convicciones, / tu sistema de extremar las cosas".

Esto viene a chocar con la lúcida confianza y el sopesamiento de cada palabra por parte de David Huerta, con su intención de emplearla *directamente*, como en el poema de la página 32, uno de los más sorprendentes del tomo:

...si el otro decía *sin embargo*, aparecía
ante mí el asombro de no entender

Al subrayar el "sin embargo", Huerta revela gran parte de la naturaleza de esta expresión. Esa duda inteligente aparece varias veces en el poema, cuando el autor entrecomilla las palabras entendimiento, memoria, libertad y recuerdo, con lo que alude directamente al uso indiscriminado del lenguaje que le anula toda significación o la mitifica.



Lo más encomiable en *Cuaderno de Noviembre* es esta preocupación crítica por la palabra, esta decisión de adentrarse en su más íntima naturaleza (Huerta escribe: *el cerco del pronombre*) para confrontarla y verificarla en la "práctica", para aprehender esa distancia que es propiamente el espacio que permite la poesía:

Todo lo que menciono, el turbio lago que inextinguiblemente nos rodea, está lejos del nombre, y más allá de la luz que yo puedo dibujar con tu recuerdo y tu respiración; lo sé mientras escucho el aire, las voces agobiantes, el ardor del hastío, el encendido instante donde sobrevivimos (pág. 49)

Cuaderno de Noviembre se explica a sí mismo en la medida en que avanza la lectura. Huerta señala que "Recobrar el mundo es un demonio, una mordaza... es una explicación universal (...) es un modo social que recoge la miseria y la falsifica sin definirla (...) es disolver un peso que se inclinaba en la limpieza del asombro". La lectura sugiere que el "sentido" debe cambiar, dirigirse a esa "limpieza del asombro". Y si la poesía es la forma más plena y rica del asombro, una realidad totalizante, la identidad personal es entonces "acumulación de gravedad y estilo" y las cualidades son denostables, en cuanto contienen "la arena de pensar en alguien". Así, la idea del texto aspira a cristalizar en una forma que lo mismo puede ser disolvente (recolo ante todo lo que "sistematice" al mundo) o, constructiva (cuando ese sentido reorientado no es un puro caos):

... lo que hemos perdido es una oscura, terrible y sanguinaria fertilidad del mundo (pág. 53).

Los últimos poemas pueden funcionar como una consideración del *Cuaderno*, como si David Huerta lo mirara desde la distancia ("así estoy en medio del teatro de mí mismo / preguntando aún y desplazando *mi estilo*"), como si esto no fuera también un estilo, pues el estilo es un factor indispensable en el ejercicio poético —y Huerta debe saberlo.

... mis ideas saltaban en chispas, en esquirlas, en pedazos hasta el barniz de mi boca, el temor de mi voz en medio de los

chasquidos y la música torcida de noviembre
puesta en la espesura con toda deliberación (pág. 103-104)

Cuaderno de Noviembre es al mismo tiempo una expresión de madurez, de un evidente, serio y necesario trabajo con el lenguaje; también debe comprenderse como una transición del autor hacia un lenguaje poético distinto, que ya desde esta obra se perfila.

* *Cuaderno de Noviembre*, David Huerta. Alaceña / Era. México, 1976, 105 pp.

Un viejo (y sabroso) libro de Artemio de Valle Arizpe

por José Joaquín Blanco

La primera sorpresa al volver a un autor tan olvidado,* es que don Artemio se deja leer con facilidad; la segunda, que a veces no es sólo muy legible, sino ameno y hasta brillante. Es necesario destacar esto porque todo haría suponer que se trata de un autor ilegible o aburrido: la corriente colonialista no sólo lo fue en temas, sino también en el lenguaje: trató de poner en práctica un casticismo hechizo, lleno de léxico y fórmulas sintácticas obsoletas, como esos hijos de españoles que a pesar de haber vivido en México toda su vida, y a veces de jamás haber visitado España, tratan de hablar a la española inocentemente, de modo que cuando les falla la ortografía hacen el delicioso ridículo de sesear la c y cecear las eses, o decir un ¡pardiez! , cuando más bien convendría un ¡recórcholis! Esta inocencia es básica en el estilo "artemiano", y muchas veces enfanga y afea su prosa, pero también la enriquece porque no obedece solamente a un deseo de encerrarse en la nostalgia de la Nueva España contra el país revolucionado que le tocó vivir, sino también un verdadero apetito literario: enamorado de sus folios y libros viejos, con quienes conversaba más que con sus contemporáneos, le dio por hablar como aquellos: el tiempo de sus lecturas fue su actua-

lidad y no la del calendario. Así, despliega una enorme riqueza léxica respecto a la vida, las técnicas y las costumbres de la colonia, que a veces sirve en sus textos para darles la pátina de antigüedad que buscan (uno no podría creer un relato sobre el siglo xvii en el que el héroe use blue jeans milano, se necesitan "calzas", por ejemplo).

Los temas de este libro, en cambio, no sorprenden mucho: la Virgen María baja a la tierra a salvar a una niña que se ahoga en el río, el dispendio y la decadencia de los nietos de los conquistadores, historias de mineros empobrecidos; misioneros beatos, estudiosos y milagrosos entre los tarahumaras y tepehuanes, fantasmas que vienen a dar riquezas a sus herederos en la macabra medianoche de la catedral metropolitana, curas bonachones que juegan a la baraja, monjas dulces o agrias y siempre espléndidas cocineras y bordadoras, la atmósfera de milagro que acompaña hechos como el descubrimiento de algún manantial de aguas medicinales, el lujo y el rebuscamiento de la cultura teológica de la Real y Pontificia Universidad, los conflictos entre las brujas y los prelados, el efebo Niño Jesús que tiene traviesos amores con una simpática monjita adolescente, el terror a los piratas ingleses en el mar y a los indios salvajes en tierra firme, judíos que consiguen hostias consagradas para escarnecerlas. En ese conjunto, sin embargo, destacan algunos momentos interesantes o curiosos: el relato "La casa de los Jáureguis" nos muestra que gran parte de la leyenda negra novohispana debe mucho más a Edgar Allan Poe y a los narradores góticos que a la verdad histórica, pero en este caso don Artemio le quita a la anécdota macabra el prestigio decadente o simbolista y la hace más próxima a la nota roja, de modo que bien podría resumirse como titular de *Alarma*: "RICA DAMA EMPAREDADA VIVA CON SU BEBE EN LOS BRAZOS POR PARRANDERO MARRIDO SIN ESCRUPULOS" (Desde luego, los redactores de *Alarma* mejorarían el título, reduciéndolo a una frase más llamativa como aquella de "HABLOLE, RECHAZOLO, MATOLA" de feliz memoria). Otro relato es encantador por su patriotismo gastronómico: las personalidades y las instituciones de la Nueva España deciden enviar al Papa regalos representativos, y allá van las joyas y orfebrerías, los lujos litúrgicos y los metales preciosos, pero un convento pobre no tiene nada qué enviar al Papa; en secreto, una monja redacta una carta que le manda en sobre lacrado, y resulta el regalo